

*Páginas del libro de apuntes
de un inmigrante que efectuó
el viaje entre Nueva York
y San Francisco*

Lunes

Si es que recuerdo exactamente, eran las cinco de la tarde cuando se nos avisó que nos presentáramos en la estación del ferrocarril. Un barco de inmigrantes había llegado a Nueva York el sábado por la noche, otro el domingo por la mañana, el nuestro el domingo por la tarde y un cuarto el lunes por la mañana temprano; y, debido a que los domingos no corre ningún tren de inmigrantes, gran parte de los pasajeros procedentes de esos cuatro barcos se había concentrado para viajar en el mismo tren que debía tomar yo. La estación era una babel de hombres, mujeres y niños en un estado de completo azoramiento. La destartalada oficina de pasajes y la sala de equipajes, que no era mucho más amplia que la anterior, se hallaban atestadas de inmigrantes, y su atmósfera se había tornado pesada y maloliente a causa de las emanaciones de las ropas empapadas. Varios carros abiertos, cargados con colchones y ropas de cama, estuvieron expuestos al azote de la lluvia durante media hora. Los funcionarios del ferrocarril se recriminaban mutuamente. Un hombrecillo barbudo y encorvado, que parecía ser un agente de la oficina de inmigración, recorría toda la estación profiriendo maldiciones y entremetiéndose-

se con todos. Se notaba claramente que el sistema, si es que existía un sistema, se había desorganizado por completo ante la desusada cantidad de pasajeros.

Conseguí al fin mi pasaje, y un hombre de edad madura, que había conservado la serenidad en medio del alboroto general, hizo registrar mi equipaje y me aconsejó que me quedara tranquilamente donde estaba hasta que él me avisara. Me había llevado una maletita, un fardel que cargaba sobre el hombro, y dentro de mi manta de viaje, los seis pesados volúmenes de la *Historia de los Estados Unidos*, de Bancroft. Eso era todo lo que podía llevar sin dificultades, aun para un viaje corto; pero me aseguraba así ropa en abundancia, y la maleta me resultó muy útil como asiento en esos momentos y muy a menudo durante los días siguientes. Estoy seguro de haber estado sentado durante una hora en la sala de equipajes, y bastante incómodo me resultó; sin embargo, cuando se me avisó que debía emprender el viaje y recogí mis bultos, sólo conseguí cambiar la incomodidad por el infortunio y el peligro.

Seguí a los mozos de cuerda al interior de un extenso cobertizo que bajaba desde West Street hasta el río. Reinaba en él la oscuridad, y el viento lo recorría de extremo a extremo. Allí encontré una enorme multitud de pasajeros y equipajes, centenares de aquellos y toneladas de estos. Temo que será difícil que me crean; y, en efecto, aquella escena debía de ser algo excepcional, pues resultaba demasiado peligrosa para que se repitiera diariamente. El cobertizo se hallaba completamente atestado; no había forma de abrirse camino entre la confusa masa de pasajeros y equipajes. Los mozos de cuerda, furiosos por la premura y el exceso de trabajo, se abrían paso entre la multitud con gritos destemplados. Podría asegurar que nos conducíamos como ovejas, y que los mozos de cuerda cargaban contra nosotros

como si fueran perros de pastor; y creo que esos hombres no eran ya responsables de sus actos. No importaba la carga que estuvieran acarreando; entraban con sus carritos de mano en lo más denso de la multitud y, cuando no podían continuar su camino, dejaban caer su carga al suelo, sin preocuparse de los daños que pudieran ocasionar. Con mis propias manos salvé la vida a una niña que estaba sentada sobre el regazo de su madre, la cual había tomado asiento sobre un cajón; y dado que no me enteré de que hubiera ocurrido ningún accidente, supongo que hubo muchos que obraron como yo durante el transcurso de la tarde. Podrán ustedes formarse una idea del estado mental al que nos veíamos reducidos si afirmo que ni el mozo de cordel ni la madre de la niña dieron la menor importancia a mi oportuna intervención. Y sólo pasado algún tiempo yo mismo llegué a comprender lo que había hecho, pues en esos momentos esquivar el golpe de los pesados cajones y baúles era un incidente natural de la vida humana. El frío, la humedad, el clamoreo, los obstáculos que se presentaban a nuestro paso, iguales a los que uno ve en las pesadillas, habían intimidado por completo nuestro ánimo. Todos aceptamos ese purgatorio de la misma forma que un niño acepta las condiciones del mundo. Por mi parte, tiritaba ligeramente y me dolía mucho la espalda; pero creo que no alimentaba ninguna esperanza ni temor, y todas las actividades de mi naturaleza se habían subordinado a una absoluta sensación de malestar.

Al fin, después de un intervalo cuya duración no me atrevo a conjeturar, la multitud comenzó a moverse lentamente. Más o menos al mismo tiempo, se encendieron algunas lámparas que inundaron de luz todo el cobertizo. Estábamos embarcándonos en el vapor que partía con rumbo a Jersey. Pueden ustedes imaginarse cuán lenta-

mente fuimos ascendiendo a bordo, apretujados por todas partes, todos sobrecargados con bultos y chiquillos, viéndonos, empero, obligados a presentar el pasaje al subir al barco; pero al fin terminó para mí la dura prueba, y me hallé en cubierta bajo un delgado toldo y con algo de espacio a mi disposición para poder estirarme un poco y respirar. Estaba sobre el lado de estribor, pues el grueso de los inmigrantes permaneció en el costado de babor, por el que habíamos ascendido a bordo. En vano les gritaban los marineros para que se alejaran de la borda, y les amenazaban con el riesgo de naufragio, pero aquella pobre gente se hallaba en un estado de estupor completo y no atinaba a dar un solo paso. Seguía lloviendo torrencialmente; pero el viento soplabá ahora con fuerza intermitente, haciendo peligrar el barco, que estaba tan mal equilibrado, y emprendimos la marcha por el río con una rueda hundida en el agua y la otra en alto, cruzándonos de vez en cuando con enormes vapores brillantemente iluminados, que avanzaban a gran velocidad y proclamaban su aproximación con acordes de música. El contraste entre esas embarcaciones, en las que la gente viajaba rodeada de placeres, y nuestro sucio barco, con su carga de silenciosos y empapados inmigrantes, era demasiado doloroso para ser descrito.

El desembarco en Jersey se efectuó en medio de un desorden indescriptible. Tenía la sensación de que ocurriría alguna calamidad y, a juzgar por su conducta, los demás debían de estar pensando lo mismo que yo. El egoísmo producido por el pánico fue causa de lo desordenado de nuestro desembarco. La gente empujaba, golpeaba y corría, mientras sus familias les seguían con dificultad. Los chiquillos rodaban por el suelo, y sus padres los levantaban castigando su torpeza con un golpe. Una niña, que había perdi-

do de vista a sus padres, lloraba sin cesar y cada vez con mayor desconsuelo, como si fuera víctima de un ataque; un oficial la tenía de la mano, pero nadie más pareció darse cuenta siquiera del apuro en que se hallaba la chiquilla, y me avergüenza decir que yo corrí con todo el mundo. Me sentía tan fatigado, que dos veces tuve que detenerme y colocar mis bultos en el suelo en los cien metros que medaban entre el muelle y la estación del ferrocarril. De modo que, cuando llegué al abrigo del techo de la estación, estaba completamente empapado. No había sala de espera ni cafetería; los vagones estaban cerrados con llave y, durante una hora, por lo menos, tuvimos que acampar en la ventosa plataforma pobremente iluminada con unos cuantos mecheros de gas. Me senté sobre mi maleta, demasiado abatido para observar a mis vecinos; pero como todos estaban ateridos de frío, empapados, abatidos y azoradísimos por el tratamiento al que nos habíamos visto sujetos, creo que no debían de sentirse mucho más satisfechos que yo. Le compré a un muchacho media docena de naranjas, pues los únicos alimentos que se podían obtener eran naranjas y nueces. Como sólo dos de ellas tenían algo de zumo, arrojé las otras cuatro debajo de los vagones, y observé, como en un sueño, que personas mayores y niños buscaban entre las vías lo que yo despreciaba.

Al fin se nos permitió entrar en los vagones, completamente abatidos y empapados. Por mi parte, saqué de mi maleta un cepillo y cepillé mis pantalones con toda la energía de que pude disponer, hasta que los hube secado, cosa que me permitió, al mismo tiempo, calentarme con el ejercicio; pero ningún otro, excepto mi compañero de asiento, a quien presté el cepillo, pareció tomar la más mínima precaución. Tal como estaban, se acomodaron para dormir. Yo vi las luces de Filadelfia, y se me ordenó dos veces que cam-

DE PRADERAS Y BOSQUES

biara de vagón y dos veces más me dieron la contraorden, antes de permitirme seguir su ejemplo.